

“Cincuenta centímetros más”

Le miró, y supo que la policía estaba equivocada. Ese chico de mirada dulce y asustada no podía ser el asesino de la pequeña Lorena, de la cual nunca se halló el cadáver. La policía se basaba en que un testigo poco fiable había visto a Jorge llevando de la mano a la niña y regresar al rato cubierto de tierra y solo. Cristina le defendió con todos los argumentos posibles, reforzando la ausencia del cuerpo y la poca fiabilidad del testigo, un pobre borracho desahuciado, y consiguió que el veredicto del jurado fuese “no culpable”. Estaba emocionada, era su primer juicio y había logrado salvar a un inocente de pudrirse en la cárcel. Jorge la abrazó, apretándola contra él para demostrarle su agradecimiento.

Pasaron unos días, Cristina, la joven abogada, paseaba por la calle cuando se encontró con Jorge. Ambos sonrieron al verse y comenzaron a charlar, y sin saber cómo, terminaron cenando en una bocatería de las afueras. Al salir del establecimiento, Cristina estaba feliz, había encontrado al hombre de su vida. Caminaron sin rumbo mientras charlaban, hasta que de pronto Jorge se paró y se quedó mirando fijamente un pequeño terraplén de tierra. Cristina reconoció el lugar, lo había visto en fotos. Allí había buscado la policía sin éxito el cuerpo de Lorena, pero tan sólo encontraron el cuerpo de un gato. Jorge la abrazó y le dijo: “Es una suerte que cuando encontraron el gato dejaran de escarbar. Cincuenta centímetros más y habrían encontrado a Lorena”. Cristina estaba paralizada, sin poder apartar su mirada de la de Jorge. Ya no quedaba nada de aquella mirada dulce y asustada, ahora era una mirada sin alma. Apretó más fuerte a Cristina contra su cuerpo y le susurró: “Creo que es hora de enterrar otro gato”